



VISIÓN UNIVERSALISTA DE LA SOLIDARIDAD: UNA MIRADA SOBRE LOS HOMO SAPIENS

Héctor Béjar

No es feliz ni el mísero que no tiene nada, ni el que coopera porque está obligado a hacerlo por la naturaleza, ni el egoísta que es esclavo de su codicia. En las condiciones de una injusticia estructural, solo el espíritu es el escape. Pero eso supone trascender la racionalidad de Occidente y enlazarse con la espiritualidad del Oriente. O recuperar la espiritualidad de los orígenes en Occidente.

Incertidumbre

No pedimos nacer y estamos aquí. No sabemos cuándo nos iremos y, aunque hemos alargado artificialmente nuestra vida mediante la ciencia médica, todavía no podemos fijar el día de nuestra muerte. Aunque por lo general no queremos irnos o nos resistimos a la idea de morir y desaparecer, sabemos que nuestra muerte sucederá en algún momento, aun contra nuestra voluntad. Cada día es en nuestra vida cotidiana un fragmento de una vida que debemos suponer como eterna, porque no podemos menos que hacer como si fuésemos inmortales, ignorar el desenlace, mentirnos a nosotros mismos para no torturarnos con el temor a un final imprevisto o con la angustia de imaginar cómo será nuestra extinción.

Aun después que desaparezcamos, seguiremos existiendo en el recuerdo de nuestros sucesores, por un tiempo cuya definición no depende de nosotros sino de ellos. En esa navegación en el tiem-

po, en que, una vez desaparecidos físicamente, habitamos la memoria de nuestros descendientes, naufraga la inmensa mayoría, millones de recuerdos de personas se esfuman en el olvido de sucesivas generaciones. Solo quedan los clásicos, los grandes del pensamiento, el arte o la guerra, pero su imagen debe ser reinventada, transformada, adecuada a intereses y realidades distintas, deben pagar con su propia transformación en algo que probablemente nunca fueron, el precio que cuesta vivir en la mente de los herederos. Subsisten, pero ya no son ellos, son otros. En las sociedades occidentales rendimos culto a la juventud; en las que llamamos primitivas o en las orientales, el culto es a los muertos, los ancianos y los antepasados. La juventud es la fuerza y la belleza, la ancianidad es la debilidad y la espiritualidad. Las sociedades occidentales pertenecen a los jóvenes y fuertes.

Sabemos que estamos navegando en un espacio infinito, pero no tenemos idea de hacia qué destino vamos ni cuándo ni

por qué *empezó el viaje de la nave en la que somos pasajeros.*

Estamos en lo que llamamos mundo. Un mundo terrible donde tenemos que destruir y devorar para subsistir. Los seres vivos nos comemos unos a otros para seguir estando vivos, en una cadena sin fin de la que somos un eslabón que no puede soltarse. El infierno está aquí.

Todos los sujetos y objetos del mundo (hombres, animales, minerales, virus, microbios y bacterias), estamos relacionados de una forma u otra. *¿Quizá seamos todos, un único, grande e infinito organismo?* El individuo totalmente autónomo, aislado, solo puede existir en la imaginación de los egoístas. Aun el civilizado inglés Robinson Crusoe necesitó del primitivo e inferior “Viernes para subsistir” (Defoe, 1719).

Existir es estar fuera: ex, estar fuera, ir hacia afuera. Existir implica abrirse a los demás. Existir supone ser reconocido por los demás (Hegel, 1966). Sin los demás, no existiríamos. Ellos, los otros, nos identifican, nos dan nuestro nombre, nos señalan las reglas, forman en gran parte lo que somos. “El Ser es el existir” (Sartre, 1946). Estar es una ubicación del Ser. Ser un ser humano es existir, es decir, abrirse a los demás seres, humanos y no humanos. Existir es ser para los otros y ser de los otros, pertenecerles. Estamos unidos, de hecho, por incontables vínculos, más allá de nuestra voluntad. Somos solidarios cuando pasamos de la unión real, natural, a la adhesión voluntaria, consciente, en forma de ayuda mutua.

El concepto *hombre* en el sentido de ser humano, no de varón, es colectivo. Hom-

bre incluye varón y hembra, anciano, joven y niño. No hay *un* hombre que no sea resultado de una relación, fracción de una red. Y eso es así, porque existir es necesitar de los demás. Necesitar y necesitarnos es nuestra esencia; es nuestra forma fundamental de ser. Ser solidarios es ser conscientes de ello.

Existencia

Esa esencia *Hombre, Humano o Humana*, es existencia. “La existencia precede a la esencia” (Sartre, 1946). La esencia se va construyendo a lo largo de la existencia. El ser humano como especie, se ha ido creando a sí mismo, desde el Neanderthal y el Homo Sapiens hasta nuestros días. Es consecuencia de una evolución, de un cambio permanente, lo que es ahora ya dejó de serlo, porque ahora mismo o mañana, será diferente. Será como se vaya haciendo, *¿cómo se irá haciendo?* No sabemos más. No sabemos si existe algún molde o modelo al que nos vamos adecuando. El ser humano no es otra cosa que lo que de él, él mismo se hace y sigue haciéndose.

Artificio

Cuando el ser humano se va creando a sí mismo, se va alejando de la naturaleza. Es cada vez menos natural, cada vez más fruto de su propio arte, es decir, artificial. Vence temporalmente a la muerte natural alargando su vida, postergando el día de la partida. Controla el nacimiento natural, la salida natural del vientre materno, por medios artificiales. Puede sondear los genes y prever al ser que nacerá, no en medio de árboles o en el curso de un río como el buen salvaje, sino en un ga-

binete estéril, traído al mundo por fríos profesionales de la llegada al mundo moderno. Una vez nacido, se alimenta cada vez más con productos de sus industrias, productos que ya no son animales o vegetales auténticos sino máquinas de carne o de tejidos vegetales. No son vacas naturales las que dan la leche, ni pollos naturales los que proporcionan las proteínas, ni vegetales naturales los que lo alimentan. Sus alimentos son productos de otros, proceden de criaderos, de plantaciones, donde las vacas, los pollos, los peces, las plantas, seres modificados y dominados, ingieren también a su vez, otros productos del ingenio, influidos, deformados o fabricados por el humano. Esos seres alimenticios son *mártires de la tarea* a la que se les obliga, esclavos al servicio de una especie que no es la suya, víctimas de torturas, también hechura de productos industriales, resultan ser ellos mismos, objetos, productos industriales, no existen para ellos, sino para la otra especie, es decir, no existen. Mientras la esencia del humano es ser para otros, la esencia de sus esclavos es no ser para sus semejantes, no existir. El Occidente moderno o posmoderno es cada vez más artificial y menos humano. Y en la medida que crece la artificialidad y la inhumanidad, se aprecia más el valor de lo primitivo, mágico y espiritual.

Asimetría y explotación

Como es para otros, cada homo sapiens está condenado a relacionarse con los otros homo sapiens. Pero no hay relación interpersonal ni intergrupala que sea de igualdad. Toda relación entre los Sapiens es asimétrica, alguien manda y alguien obedece. Por eso los grandes grupos, las

naciones y países, son también desiguales por definición. Los más fuertes o más codiciosos dominan y saquean. Y a eso se llama casas reales, dinastías, clases políticas, estados o imperios. Los mongoles construyeron el imperio de los Kan. Los eslavos construyeron el imperio zarista. Los persas construyeron el imperio persa. Los griegos construyeron el imperio de Alejandro. Los latinos construyeron el imperio romano. Los castellanos construyeron el imperio español. Los anglosajones construyeron el imperio inglés y norteamericano. Siempre imperar. Imperar es mandar, explotar, someter, usar el trabajo de otros, esclavizar. En Oriente y Occidente funciona la misma ley.

La especie tiende a diferenciarse entre mayorías dominadas y minorías dominantes, un matrimonio indisoluble de fuertes y débiles, porque hay complicidad entre dominantes y dominados (Weber, 1922). Explotadores y explotados se necesitan mutuamente. Grupos de líderes adictos al poder mienten, hipnotizan, seducen, matan en grande y pequeña escala. Rebaños multitudinarios de hombres mediocres (Ingenieros, 1913) siguen dócilmente a los hombres singulares. Están domesticados, aman la rutina, crucificarán a quien moleste su paz.

Desigualdad

Esta relación, múltiple, infinita, terrible, de unos con los otros, o de unos para los otros, es difícil, a veces dramática, otras veces trágica, pero es hasta ahora ineludible. Al parecer, no hay alternativa.

Todos decimos que somos homo sapiens. Pero no somos sapiens, sabios,

sino juguetes de nuestros instintos. Decimos que somos racionales pero lo que llamamos racionalidad es una forma de sistematizar el egoísmo.

Un homo sapiens es obra de su cultura. Crea su cultura (cultivo) y su cultura lo crea a él. Somos humanos porque tenemos cultura. “La cultura es la que nos diferencia de los monos” (Pagel, 2012). Pero las culturas son distintas, hay millones de culturas diferentes en el mundo. Tienden a enfrentarse y desconfiar, no a cooperar.

El sapiens se mueve no solo en familias o tribus (esto también lo hacen los leones o los monos) sino en grandes grupos de solidaridad que constituyen las llamadas naciones y países (Linton, 1936). Todas las naciones son diferentes y tienen distintas lenguas. Todos los sapiens tienen los mismos componentes, órganos y organismos pero a la vez, son distintos uno del otro. El lenguaje no es solo comunicador; es un mecanismo protector que nos permite confiar entre nosotros y nos aísla de los extraños. Porque todo extraño es un enemigo en potencia. Es El Otro, del que no podemos fiarnos. El mundo de hoy es la emergencia de los otros, la invasión de los otros, a los endogrupos y las endo-naciones. Nuestro tiempo es una gran guerra en que los ricos saquean a los pobres mientras los pobres se tragan culturalmente a los ricos, los más abruma a los menos, millones de termitas pobres devoran el gran árbol de la riqueza concentrada. Los desesperados que no tienen nada devoran a los que acumularon todo.

El sapiens vive en grandes grupos, ciertamente; y también mata en grandes

grupos. Cada grupo, país o nación, condena a sus criminales individuales pero premia a sus criminales cuando aniquilan colectividades. Los grandes asesinos son los héroes, los líderes de la historia oficial, a los que se rinde culto en plazas y monumentos. Si matas a uno, vas a la cárcel o mueres en la horca o la silla eléctrica. Si matas a un millón, tienes un monumento. Si robas una gallina vas a la cárcel. Si robas un millón, puedes fundar un banco y perteneces a la elite (Brecht).

El sapiens se prolonga en extremidades artificiales que potencian sus sentidos: los teléfonos, los trasmisores de imágenes, las herramientas y toda clase de instrumentos. La naturaleza estableció formas de relación, temperaturas, ámbitos de acción y límites entre unos seres vivos y otros seres vivos. Desde sus orígenes hasta hoy, el ser humano ha ido rompiendo esas fronteras. No tiene alas pero vuela más que las aves y pretende dirigirse al espacio interestelar. Sus pies son cortos pero corre más que los animales más veloces. Sus brazos son débiles, pero tiene una gran capacidad destructora. Para lograr todas esas facultades se ha valido de instrumentos.

Pero es víctima de sus descubrimientos, de los objetos que él crea. No tiene a los objetos de los que se apropió o que creó. Ellos lo tienen a él (Heidegger). Es esclavo de sus creaciones. Los instrumentos lo han ido modificando al punto que en la relación sujeto objeto, depende cada vez más de los objetos que ha creado. Los instrumentos, desde el hacha primitiva hasta el misil contemporáneo, durante una larga época, solo han sido prolongaciones de sí mismo, prótesis.

A medida que el tiempo ha pasado, los instrumentos han ido convirtiéndose también en componentes del cuerpo: marcapasos, chips de distintas clases, riñones artificiales, corazones artificiales. Y se prevé que los humanos del futuro serán cada vez más artificiales no solo en su forma de vivir sino en los componentes de su cuerpo. Probablemente, para entonces el homo-sapiens habrá dejado de existir, se mutará para convertirse en homo-robot.

Cada uno de los bienes e instrumentos que usamos ha requerido la cooperación de cientos y a veces de miles de personas similares o distintas a nosotros. Heredamos la obra de un pasado inmensurable. A veces solo usamos esa herencia. Otras veces la despilfarramos o depredamos. Otras veces le añadimos nuestro aporte. Gastamos, desgastamos, construimos, destruimos.

Esa inter—relación no es siempre consciente ni voluntaria, pero existe. Somos uno y estamos condenados a estar juntos.

Somos sujetos y satisfacemos nuestras necesidades con objetos; o también con sujetos a quienes convertimos en objetos: los esclavos o los trabajadores asalariados, por ejemplo. Las mujeres cuando las convertimos en objetos sexuales. Los niños cuando los hacemos trabajar en nuestro beneficio. O somos objetos de otros.

¿Son los entes sujeto y objeto distintos y separados? ¿Cuál de ellos es dependiente y cuál no? ¿Quién crea a quién? ¿Quién domina a quién? ¿El marido usa a la mujer o la mujer al marido? ¿Acaba el amo dependiendo del esclavo (Hegel, 1966)? ¿Puede alguien transformar un

sujeto en su objeto y cosificarlo para su uso? (Lukács, 1923).

Dominación y complicidad

El sapiens es varios homos a la vez. Como un caleidoscopio, tiene varias personalidades simultáneas o sucesivas cada día que pasa en su vida. Puede ser extremadamente pacífico y extremadamente violento. Puede amar y odiar al mismo tiempo. Puede ser sublime, sacrificarse, ser generoso. Es peligroso, porque su capacidad destructiva sobre sí mismo y sobre los demás, es cada vez mayor. Se construye a sí mismo, pero también se va destruyendo a sí mismo.

Es capaz de preguntarse por las cosas, de investigar, descubrir e inventar. Pero ignora lo fundamental: dónde está, de dónde viene, adónde va.

Es capaz de amar, pero también de odiar (Freud, 1909). Es depredador de las otras especies, del planeta y de él mismo. Puede conducir su conducta de acuerdo a valores, pero también de acuerdo a intereses (Weber, 1922). Está exterminando a las otras especies animales y vegetales y las hace víctimas de sus necesidades. No tiene ni reconoce límites. Pero lo que hace tiene un límite: los recursos del planeta (Meadows, 1972).

Libertad y necesidad

El organismo del homo sapiens funciona como una máquina que no le pide permiso para comer, dormir, digerir, palpitar, circular fluidos en su cuerpo. Finalmente, cada homo es una coalición de genes (Pagel, 2012) que ya están programados para realizar, sin permiso

de nadie, una serie de funciones vitales. Si tuviese que decidir cada movimiento de mis pies al subir una escalera, lo más probable es que me caiga. No decido si debo hacer la digestión de los alimentos que consumo para nutrirme. No decido si debo dormir o no. La naturaleza, parte de mi organismo que funciona programada como una computadora, lo hace por mí¹. En el proceso de adquirir y eliminar, a lo que no cesa de impulsarnos a la relación con otros (ne cesere), llamamos “necesidades”. Necesitamos inhalar, absorber, asimilar; pero también requerimos expulsar. Somos prisioneros de esa situación. Estamos condenados a relacionarnos con los demás, objetos, personas, medio ambiente. No cesamos de requerirlos, los necesitamos.

No somos autónomos porque necesitamos. Libertad y necesidad se contradicen pero van juntas, tanto como semejanza y diferencia, amor y odio.

Así como el sapiens decide muy poco sobre su funcionamiento interno, tampoco decide mucho sobre su conducta externa, porque ya encuentra una sociedad organizada por sus antecesores (Parsons, 1937). Es un prisionero del pasado que le marca el campo y las reglas del juego. Las revoluciones, los cambios profundos son apenas instantes de la historia. Lo normal es lo rutinario.

Espiritualidad

¿Es la cooperación una esclavitud? El homo sapiens no ha sido capaz de organizar una vida feliz porque no ha sido capaz de pasar de la cooperación obligada por la naturaleza a la solidaridad. Solidaridad viene de *solus*, unión en un nuevo sujeto colectivo superior. Felicidad viene de *fellatio*, el acto de lactar del seno materno, la sensación tranquila de sentirse protegido en un ambiente cálido. La lucha por la existencia, la dominación de unos sobre los otros, va a contracorriente de esa sensación. No es feliz ni el mísero que no tiene nada, ni el que coopera porque está obligado a hacerlo por la naturaleza, ni el egoísta que es esclavo de su codicia. En las condiciones de una injusticia estructural, solo el espíritu es el escape. Pero eso supone trascender la racionalidad de Occidente y enlazarse con la espiritualidad del Oriente. O recuperar la espiritualidad de los orígenes en Occidente. Jesús, Buda, Confucio, Lao Tse, Srila Prabhupada pueden dialogar por encima de los imperios, las desigualdades y las injusticias. En el origen está el espíritu. A la infernal contradicción agresiva de las tribus, castas, dinastías, clases políticas, enfrentadas por temores, terrores y egoísmos, el mundo de lo intangible aparece como el contrapeso realmente existente a un mundo material aparentemente condenado al suicidio.

1 Claude Bernard (1813 – 1878) creó el concepto de homeostasia, en la fisiología en 1865; Walter Bradford Cannon lo usó desde 1932. CANNON, Walter. *The wisdom of the body*. Estados Unidos de América: The Norton Library 1963. *Bodily changes in Pain, Hunger and Rage*. Boston, Mass. Harvard University.

Referencias bibliográficas

DEFOE, DANIEL (1719). *Robinson Crusoe*.

FATONE, VICENTE (1948). *El existencialismo y la actividad creadora*.

FREUD, SIGMUND (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. *Sigmund Freud: Obras completas* (t. X)

HEIDEGGER, MARTIN. *La pobreza*.

HARARI, YUVAL (2014). *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Barcelona: Debate.

HEGEL, GEORG (1966). *Fenomenología del espíritu*.

LINTON, RALPH (1936). *Estudio del hombre*.

LUKACS, GEORG (1923). *Historia y consciencia de clase*.

MEADOWS, DONELLA (1972). *Los límites del crecimiento*.

PARSONS, TALCOTT (1937). *Estructura de la acción social*.

PAGEL, MARK (2012). *Wired for culture*. Londres: Pinguin books.

SARTRE, JEAN-PAUL (1946). *El existencialismo es un humanismo*.

WEBER, MAX (1922). *Economía y sociedad*. California: University of California Press.

